

Angelino, el hijo del labrador



In memoriam

En Sotto il Monte, la gente despertó aquel día, como todos, con la trompeta del basurero; las ruedas del carro del repartidor de leche resonaban fuertemente sobre el desigual pavimento adoquinado; y algún vendedor ambulante pregonaba sin reparos su mercancía apilada sobre el lomo del escuálido borriquillo que resignadamente caminaba a su paso. Una a una iban abriéndose las ventanas y asomando cabezas desgreñadas que oteaban el cielo azul, anuncio de un día radiante; iniciaban las chimeneas sus débiles «fumatas», todas blancas; abríanse igualmente los portales, y en tanto los hombres, con andares todavía perezosos preparaban sus aperos de labranza, las mujeres barrían, unas sus aceras, mientras otras repartían el maíz a sus gallinas que acudían presurosas.

Todo ocurría como siempre, menos en la casa de los Roncalli.

Martino no había preparado sus dos mulas, ni parecía tener intención de salir al campo. Ante el portalón de su casa, paseaba nerviosamente, a grandes zancadas, con gran extrañeza de los chiquillos que iban apresuradamente a la escuela, que al pasar delante se preguntaban qué le pasaría a Roncalli, de actitudes y aspecto tan desusado de lo que ordinariamente aparentaba.

De pronto, Martino paró en seco, algo extraño debió percibir, pues sonriendo gozoso, traspuso precipitadamente el portalón, subiendo las escaleras de tres en tres.

Algo más tarde, las mujeres que salían de misa, paraban como siempre, en el pórtico, las mismas de todos los días, a charlar y murmurar de todo... Pero, faltaba una, que allí se presentó jadeante y colorada, sin poder respirar. —¿Traes noticias? —Sí; la mujer de Martino ha tenido un hermoso niño... Esto ocurría el 25 de noviembre de 1881.

Allí, sobre el río Adda, a unos doce kilómetros de Bérgamo, fue creciendo la familia Roncalli. Angelo Giuseppe era el mayor de diez hermanos. Este, sonriente siempre recordando su infancia, comentaba que su madre todos los días «ponía el puchero al fuego»; puchero con el clásico plato bergamés de maíz, ya que la carne, el vino y el postre, muy rara vez aparecían en la mesa de su casa. Son suyas aquellas palabras de: «Eramos pobres, pero felices.» «No nos dábamos cuenta de que nos faltaba algo, y en realidad... no nos faltaba.»

En la escuela del pueblo, a la que acude todos los días después de ayudar a misa, comienzan a llamarle «Angelino el sacerdote». A su padre no debió hacerle al principio mucha gracia, por el sacrificio económico que ello podía representar; pero su esposa, Marina, que le encontró un día muy pensativo, le dijo que todo aquello se podía arreglar; que ella lo solucionaría... En fin, con argumentos no muy convincentes pero que eran «razones» de madre heroína, a las que el hombre no se podía negar, accedió Martino a que su hijo Angelino fuera a estudiar al Seminario de Bérgamo.

Percatado de todo ello el joven estudiante, se entregó al estudio sin tregua ni descanso, consiguiendo una beca con la que ingresó en el Seminario Pontificio de Roma.

El 10 de agosto de 1904, Martino y Marina asistían con todos sus hijos a la primera Misa de Angelino. Todo el pueblo asistió a la ceremonia. Martino saludaba a todo el mundo; Marina Mazzola sonreía también... y lloraba a la vez.

Al finalizar la misa, después de la postrera bendición, al recitar el último Evangelio, todos notaron que algo le pasaba a Angelino. Su voz se entrecortaba... y hasta vacilaba...; pero como quien desecha un presentimiento, con voz firme y recia

prosiguió: «Erat homo missus a Deo cui nomen erat Joannes...»

• • •

Angelo es ya el Papa Juan XXIII. La primera misa privada que celebró como Pontífice la recordaría toda su vida. Terminando ya, al llegar a aquella frase: «Y era un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan...», un escalofrío sacudió aquel cuerpo fornido y cayó de rodillas.

Era... una gran responsabilidad; se acordó de su primera misa allá en Sotto il Monte, pero aunque se mantuvo cierto tiempo de hinojos, al verse transformado en el mismo Cristo, se levantó aliviado al pronunciar la última frase: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...»

Su postura de hombre sencillo dentro de su recia humanidad quedó para siempre bien dibujada. Aquel Papa, campesino, bonachón y sencillo, nunca nos lo podríamos imaginar como al erguido capitán que gobierna el timón de la nave de Pedro; creo que todos lo vislumbramos como al labrador, ya en su ancianidad, ligeramente inclinado sobre el arado de la Iglesia, sujetándolo con mano firme, pero empujando siempre hasta marcar un surco, «uno solo», pero recto, amplio e infinito, que se pierde allá a lo lejos, en esa puesta de sol luminosa que se llama: LA PAZ.

RAMULEI

